

mostrar á su pueblo que no habia decaído un solo instante su valor, toda vez que tenia ánimo para arrebatarle la vida.

Trascurrieron algunos dias, durante los cuales pareció México una ciudad desierta.

¿Se habia resuelto la cuestion?

¡Ah! No; todavía tenian los españoles que afrontar nuevos peligros, que empeñarse en nuevos y dolorosos combates.

CAPITULO XXVI.

Una familia desgraciada.



MIENTRAS tenian lugar en México las aterradoras escenas que hemos descrito en los capítulos anteriores, pasaba dias de profunda tristeza en su palacio de Tacuba el príncipe Guatimotzin.

En vano Guacalcinla, para desterrar de su alma las sospechas que su imprudente confesion habia despertado, procuraba mostrarse solícita y cariñosa con él.

En vano consagraba á cada instante las caricias al fruto de su amor.

No eran solo los disgustos domésticos los que producian en el alma de Guatimotzin tanta melancolía.

Parecia que su corazon albergaba el triste presentimiento de lo que iba á suceder, y aunque ajeno por su carácter á toda ambicion, no podia ménos de sentir un inmenso amor á su patria y de llorar anticipadamente aquellas desventurss, síntoma precursor de la esclavitud que le amenazaba.

Guatimotzin, á quien más tarde hemos de ver figurar en primer término en esta historia, tenia motivos poderosos para no intervenir en aquella encarnizada lucha que sostenian los españoles y los mexicanos.

En primer lugar, era el esposo de la hija de Moctezuma. Comprendia mejor que nadie las causas que habian obligado al monarca á trasladarse al cuártel de los españoles, para ser á su lado una garantía de paz, ó por lo ménos de la fidelidad con

que se proponía tratarles, y al mismo tiempo que admiraba aquella energía, aquella abnegación, que pasaba por pusilanimidad á los ojos de los extranjeros, no podía ménos de sentir la vergüenza de ver un imperio tan grande y un monarca tan poderoso subyugado por unos cuantos españoles.

Solo el recuerdo de la admiración que Hernan Cortés habia producido en Guacalcinla, solo la idea de que su jóven esposa habia abrigado en su corazón por un instante sentimientos de simpatía hacia el caudillo de los españoles, encendía en su pecho el rencor y se sentía con ánimos de ponerse al frente de los guerreros, de guiarlos á la destrucción de sus enemigos.

Pero ¿cómo oponerse á la voluntad de Moctezuma, en quien reconocía y acataba al poderoso soberano de todo el territorio del imperio?

Al mismo tiempo, repugnaba á su corazón la idea de que pudieran creer los mexicanos que abrigaba en su alma la ambición de elevarse al trono por aquel medio.

Sabia que Gacumatzin deseaba el cetro de México.

El príncipe de Iztacpalapa, por otro camino, le anhelaba también.

Unos y otros tenían partidarios.

El á su vez contaba con numerosos mexicanos, que apreciando en lo que valían sus cualidades, deseaban, por ser el esposo de la hija mayor de Moctezuma, que heredase su corona.

En aquellos momentos en que la independencia de su patria peligraba; ante el enemigo común olvidaban estos tres caudillos sus ambiciones.

Por todas estas razones, en la soledad de su palacio, lejos de todo el mundo, pedía á los dioses que alejasen de México los males que afligían al país, y era tal el desaliento en que se hallaba su alma, que ni los cariñosos cuidados de Guacalcinla, ni los juegos infantiles de su hijo Ulitech, bastaban á consolar su espíritu abatido.

Conviene á nuestro propósito, ántes de pasar adelante, dar más colorido á la figura de Guatimotzin, para que se presente á nuestros lectores bajo su verdadero punto de vista.

El jóven príncipe de Tacuba pertenecía á la dinastía tenapeca, una de las más antiguas é ilustres del Anahuac.

Los tenapecas habian formado el imperio de Atzacapotzalco.

La tradición de la familia á que perteneció Guatimotzin se halla descrita en casi todos los historiadores de México.

La tiranía de uno de los últimos soberanos de esta raza obligó á los tlatoanis, ó nobles mexicanos, y á los señores de Texcoco, á coaligarse para declararle la guerra.

El tirano aceptó la batalla que le propusieron los enemigos, y despues de una reñida pelea, sucumbió en ella, pasando el imperio de los tenapecas á formar parte del imperio mexicano.

Un solo vástago quedó de la dinastía destronada.

Moctezuma I, emperador de México entónces, fundó el reino de Tacuba, y puso en él por jefe á aquel príncipe.

Este y su protector murieron casi al mismo tiempo sucediendo al rey de Tacuba su único hijo, llamado Alcoyott.

A este soberano sucedieron en el trono, primero Axayacat, y luego Almitzonzin.

Almitzonzin casó al subir al trono con una hermana de Moctezuma, mezclándose por este motivo en Guatimotzin la sangre de los aztecas y la de los altos dominadores de la Naguaca.

Al llegar Hernan Cortés á México, contaba el jóven príncipe veinte años, y hacia ya dos que estaba unido con Guacalcinla.

De su matrimonio habia nacido un niño.

Todo sonreía al jóven príncipe de Tacuba, cuando la llegada de los españoles á México hizo perder la paz á su alma.

Hemos dicho que vivía retirado y sin mezclarse para nada en las contiendas que agitaban al país.

Al día siguiente del combate que habia terminado con el desacato de los mexicanos, hiriendo á su rey, se hallaba Guatimotzin en el jardín de su palacio.

Nada más bello que aquel paraíso, en donde poco despues de amanecer buscaba alivio à sus pesares, recreando sus ojos en su hermoso hijo que jugaba cerca de él en el regazo de Guacalcinla.

«En aquel hermoso jardín, dice una distinguida poetisa (1), bajo doseles de verdura, escuchando el blando murmullo de las fuentes y el variado canto de las aves, respirando en las benignas auras matinales los penetrantes aromas del níveo *Floripundio*, del nacarado *Joloxochitl*, que en forma imita la figura de un corazón, como lo indica su poético nombre (A); de la vistosa *Macpalxochitl*, que exhala de su capullo, semejante á un canastillo, el más grato de los perfumes; y de la magnífica *Occloxochitl* (B) de atigrado matiz; rodeado, en fin, de las más lindas y amenas producciones de la naturaleza y del arte, parecía extraña la grave y melancólica disposición de aquel adolescente, cuya vida se hallaba, como el día á que nos referimos, en su apacible mañana.

Guacalcinla contemplaba á su esposo, quien en aquellos momentos, víctima de su imaginación, consideraba la aflictiva situación del imperio y veía con los ojos de su alma el horrible combate, que según sus noticias, debía tener lugar en aquellos instantes.

—¡Maldita sea la hora, exclamó el príncipe, en que llegaron á nuestro suelo los españoles!

—¡Malditos sean! Puesto que tú los maldices, exclamó Guacalcinla, malditos sean, porque te han robado la tranquilidad, porque han segado en flor tus venturas, porque en el albor de la juventud y de la felicidad solo tienen lágrimas tus ojos y suspiros tus labios.

La jóven cayó en un profundo abatimiento.

—En estos instantes, prosiguió Guatimotzin, se decide tal vez la suerte de nuestra patria. Mis hermanos pelean, y yo no estoy á su lado. Sospecharán quizás de mi valor.

¹ La señora Gomez de Avellaneda.

¡Ah! No sé lo que pensarán de mí.

En vano trato de consolarme recordando que he obedecido á mi deber. Yo no puedo combatir con los amigos, con los protegidos de tu padre.

¡Ah! Guacalcinla; por lo que más ames en el mundo, te pido que apartes de mi vista á mi hijo. Al contemplar sus brillantes y serenos ojos, al ver reflejarse en su frente la inocencia, no puedo ménos de pensar en los días terribles que le aguardan.

¡Quién sabe si el que ha nacido hijo de un rey tendrá que ser esclavo!

—¡Calla! ¡Calla! dijo Guacalcinla, ocultando con su cuerpo la alegre y risueña figura del niño.

De pronto se presentó ante los dos esposos uno de sus más leales servidores.

—¿Qué quieres, Olitlay? preguntó Guatimotzin.

—Señor, acaban de llegar dos emisarios de México. Traen las flechas en la mano izquierda, cubierta la punta con las plumas amarillas.

—¡Fatídica señal! Vienen sin duda á anunciarme el luto y la desolación. Tendré valor para recibirlos. Lléalos á mi estancia. Voy en seguida.

Y dirigiéndose á su esposa:

—Guacalcinla, quédate entre las flores y mírate en tu hijo. Unas y otro serán en lo sucesivo la única alegría que te quede en el mundo. Prepara tu corazón al dolor.

Y sin decir más, partió adonde le aguardaban los dos mexicanos.

Era uno de ellos Huasco, el fiel servidor del príncipe de Itztaupalapa.

El otro Nothalan, el jefe de las tropas que desde Malpacingo habia enviado el príncipe Olinthe á defender la causa de los mexicanos.

—¿Qué me anuncia vuestra venida? exclamó Guatimotzin.

—El mayor de los desastres.

—Hablad.

—Las calles de México están llenas de cadáveres; la laguna enrojecida con la sangre de los mexicanos.

Los guerreros, resueltos á morir ó á vencer, asaltaron ayer el cuartel de los españoles.

Moctezuma, el gran Moctezuma, se presentó á su pueblo rodeado de extranjerós, y nos pidió con humildad la paz.

Ostentaba en su frente la corona imperial, el cetro en la diestra, el manto régio cubria sus espaldas.

Pero ¡ay! ¿quién contiene el torrente desbordado?

Guatimotzin, prepárate á escuchar la más horrible de las desventuras.

Los mexicanos, ciegos de ira, desoyendo la voz del deber, han dirigido sus flechas á su soberano, han arrojado piedras á su rostro, y Moctezuma, el gran Moctezuma, ha caído en tierra bañado en su propia sangre.

—¡Ah! gritó Guacalcinla, que á pesar de los ruegos de su esposo le han seguido para saber las nuevas que llevaban los emisarios. ¡Mi padre ha muerto! ¡Maldición sobre sus asesinos!

CAPITULO XXVII.

Guacalcinla.



GUACALCINLA perdió el sentido, y su esposo llamó á las servidoras de la jóven para que la condujeran á su aposento.

Avido Guatimotzin de saber todo lo que habia ocurrido en México, preguntó á los emisarios, y oyó de sus labios la narracion de aquel espantoso drama.

Todos los mexicanos desde el príncipe de Iztacpalapa hasta el último mayeque (1); todos los que habian tomado las armas para defender la independencia de la patria; todos, ante la idea de haberse puesto las manos en Moctezuma, estaban consternados, se habian refugiado en las montañas, habian abandonado la ciudad, y parecia que pesaba sobre ellos una losa: el remordimiento.

—Pero, ¿habeis muerto á Moctezuma? preguntaba frenético Guatimotzin.

—No lo sabemos. Pocos, muy pocos, fueron los que despues de verle caer se atrevieron á volver los ojos hácia donde habia caído.

—Es necesario que yo sepa la verdad.

—¿Te atreverás á acercarte al cuartel de los españoles?

—No, no, exclamó Guatimotzin recordando un juramento que habia hecho. He jurado, añadió con tristeza el guerrero, he jurado no acercarme al cuartel de los españoles sino con las

1 Labrador.

armas en la mano, sino para vengar á mi patria, despues de haber salvado de su poder á Moctezuma, y no puedo entrar con la punta de la flecha hácia arriba, símbolo de la guerra.

Los emisarios partieron, y Guatimotzin quedó absorto en su meditacion.

Su esposa le sacó de ella.

—Guatimotzin, le dijo, vuelve en tí. No llores las desventuras de la patria. Yo, débil mujer, con la zozobra en el alma, porque no sé si mi padre exhala el último aliento, vengo á darte energía, vengo á darte valor.

—¡Pobre Guacalcinla! dijo Guatimotzin. En vano tratas de consolarme. Los suspiros de tu alma brotan de tu acento, y las lágrimas que ocultas para no entristecerme anegan tu corazón.

—Olvídate de mis pesares. Háblame de los tuyos. Díme la verdad, ¿ha muerto Moctezuma?

—Los emisarios lo ignoran. Le han visto caer herido.

—Y bien; ¿por qué no vamos allá? ¿Por qué no recogemos su último aliento, si la herida es mortal y aun no ha espirado? ¿Por qué no le asistimos y le cuidamos, si aun hay esperanza de salvarle? ¿Crees que los españoles serán tan inhumanos, que no nos dejarán acercarnos à él?

—Guacalcinla, he jurado no penetrar jamas en aquel recinto, sino para luchar con nuestros adversarios.

—Pues bien, Guatimotzin; comprende mi dolor. Déjame ir á mí sola.

—¿Tú?

—Yo, sí. ¿Negarás á la hija este consuelo? ¿Podrás dudar de mí en medio de la afliccion que experimenta mi alma?

—No, vé; ahora mismo voy á disponer que te acompañen á México mis más leales servidores. Yo aquí espero, suplicando á los dioses que me inspiren una idea para salir de esta situacion dolorosa en que me hallo; que iluminen mi mente con un rayo de luz, para que desaparezca el caos que la circunda.

Guatimotzin dió orden para que dos tlatoanis de su corte, con los demas servidores que fueran necesarios, acompañaran á Guacalcinla á México.

El dolor habia disipado sus celos, y no recordaba el afectuoso interes que los españoles habian despertado en la inocente alma de Guacalcinla.

En breves horas llegó la comitiva á la ciudad de México.

El corazón de la jóven princesa se oprimia á su pesar al contemplar el espectáculo que se apareció á sus ojos.

Un lúgubre silencio reinaba en los alrededores de la ciudad.

El cielo estaba oculto entre nubes, y aquellas nubes parecian envolver á México como en un sudario.

Avida de llegar al cuartel de los españoles para saber cuál era la situacion de su padre, penetró en la ciudad, y al hallarla desierta sintió que corría por sus venas un frío glacial.

Ni un solo rumor, ni una sola puerta abierta.

Todavía se hallaba en México el fatídico espectro de la guerra; pero en aquellos momentos inactivo, reposado, adormecido.

Las aguas de los canales estaban enrojecidas por la sangre.

En muchas ocasiones faltó el valor á Guacalcinla, y solo el deseo de ver á su padre le daba fuerzas para avanzar.

Antes de penetrar en el cuartel de los españoles se dirigió al palacio de su padre para ver á Miazochil, que algunos dias ántes habia abandonado á Tacuba.

El gran palacio de la plaza de Tlatelulco, tan animado otras veces, estaba desierto.

Guacalcinla cruzó las habitaciones en donde habia pasado sus venturosos sueños, y solo halló algunos servidores muy adictos á su familia.

—¿En donde está la emperatriz mi madre? preguntó la jóven.

—No la veais, le dijeron; no podria soportar vuestra presencia.

En efecto la emperatriz se habia refugiado con sus hijos en

las habitaciones, que solo ocupaban los individuos de la familia real en cuanto alguno fallecia.

—¿Y mi padre? preguntó la jóven al hallarse en presencia de Miazochil.

—Aún vive.

—¿Vive? exclamó con alegría.

—Sí, vive; pero en la desesperacion, porque sus vasallos, que él amaba como hijos, se han atrevido á ultrajarle, á escarnecerle, á herirle.

Guacalcinla hizo que la condujeran al cuartel de los españoles.

Hallábase de guardia en la puerta principal el capitán Escobar, quien al ver á la jóven princesa embellecida con el dolor, y al oír sus súplicas, se apresuró á anunciar á Hernan Cortés su llegada.

Llevadla hasta la estancia de su padre, dijo el caudillo, y alejaos todos de allí para no turbar su aficcion.

Moctezuma estaba en el lecho del dolor.

Los cuidados que le habian prodigado, á pesar suyo, los españoles, habian aliviado su herida.

Pero la de su alma era mortal, y al ver entrar á la princesa, y al reconocerla, cubriéndose con las manos el rostro:

—¡Huye, hija mia, le dijo; huye de mí; yo estoy maldito de los dioses! ¡Tú vista me avergüenza!

A una señal de Guacalcinla, todas las personas que rodeaban al enfermo la dejaron á solas con él.

CAPITULO XXVIII.

Donde se vé lo que hace el cariño y lo que hace la pasion.



Se postró Guacalcinla de hinojos ante el lecho de su padre.

—Gracias sean dadas al gran Tezcalepuzca, dijo la jóven. El ha conservado sus dias á mi buen padre, para que yo no muriera de dolor.

Y al ver que los ojos de Moctezuma se inundaban de lágrimas:

—Padre mio y señor, añadió la jóven. Desahoga tu corazon en el mio, exhala tus ayes, que hallarán eco en mi alma, y abre tu espíritu á la esperanza porque ella viene á consolarte.

—No, Guacalcinla; tú eres niña, eres feliz y no puedes comprender mi dolor. Si lo comprendieras, si sintieras en tu alma la humillacion que yo siento al ver que he perdido todo cuanto tenia, todo cuanto más amaba, el prestigio, el amor, la consideracion de mis vasallos, desearias la muerte como yo la deseo, porque la vida es para mí un continuo sufrimiento.

Guacalcinla fijó una penetrante mirada en Moctezuma.

—¿Ignoras, padre y señor, la consternacion en que se encuentran los vasallos?

¿No sabes que apénas en un momento de arrebato, de obcecacion, de delirio, se atrevieron á insultarte y te hirieron; sabes que poseidos de un profundo remordimiento, huyeron horrorizados de su obra, y hoy no se atreven á volver sus ojos á tí, temerosos de que tu indignacion haga caer sobre ellos la ira de los dioses?